

La Escuela Dominical y las Escrituras

NO. 1866

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 18 DE OCTUBRE, 1885,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.”
2 Timoteo 3:15.***

¡De qué manera tan extraordinaria se repiten los tiempos! Tal como lo dije cuando leíamos el capítulo, la advertencia que dio Pablo en relación al momento en que él vivía es igualmente necesaria para nuestros tiempos. Nuevamente las tinieblas se tornan densas y las brumas flotan pesadamente en torno a nuestras pisadas. Los malvados y los seductores se vuelven cada vez peores, y muchísimas personas apartan sus oídos de la verdad para poner atención a las fábulas. No nos sorprende que así sea. La historia tiene que repetirse mientras tengamos que seguir tratando con la misma naturaleza humana, con los mismos pecados que seducen a la humanidad, con la misma verdad que es tomada a la ligera y con el mismo diablo que atiza a los seres humanos a cometer las mismas maldades.

Pero, hermanos, cuando se presentan los mismos males, tenemos que aplicar los mismos remedios. Cuando regresa una enfermedad que ya ha provocado daños letales en tiempos pasados, los médicos investigan qué medicinas contuvieron al enemigo en alguna ocasión anterior. Nosotros nos vemos obligados a hacer lo mismo en los asuntos espirituales. Tenemos que ver qué hizo Pablo en su día, cuando la malaria de la falsa doctrina contaminaba el aire. Como regla general es muy notable comprobar que todo lo que es realmente eficaz, resulta ser muy sencillo. Si se realiza un descubrimiento dentro de la ciencia o se elabora el diseño de alguna nueva maquinaria, al principio todo es complicado debido a que todavía es imperfecto, pero todas las mejoras son tendientes a alcanzar la sencillez.

Sucede exactamente lo mismo con las enseñanzas espirituales. Cuando damos con la realidad, recortamos la superfluidad. No hablemos de inventar sabias medidas para remediar el presente conflicto del mundo espiritual, antes bien, debemos usar el magnífico remedio que fue tan eficaz en los días de Pablo. Pablo mismo enseñó el Evangelio al joven Timoteo; no sólo hizo que oyera su doctrina sino que viera también su práctica. Nosotros no podemos forzar la verdad en los hombres, pero podemos hacer que nuestra enseñanza sea clara y categórica y que nues-

tras vidas sean consistentes con esa enseñanza. La verdad y la santidad son los antídotos más seguros para contrarrestar el error y la injusticia. El apóstol le dijo a Timoteo: “Persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido.”

Luego hizo hincapié en otro potente remedio que había sido de gran utilidad para el joven predicador, es decir, el conocimiento de las Sagradas Escrituras desde su más tierna niñez. Éste era uno de los mejores resguardos del joven Timoteo. Su instrucción a temprana edad le sostenía como un ancla y le protegía de la terrible tendencia de la época. ¡Dichoso el joven de quien el apóstol podía decir: “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”!

Hermanos, para estar preparados para el conflicto venidero, únicamente tenemos que predicar el Evangelio y vivir el Evangelio, y debemos encargarnos también de enseñar a los niños la Palabra del Señor. Debemos ocuparnos especialmente de esto último, pues Dios silenciará al enemigo por boca de los niños y de los que maman. Es inútil soñar con que debemos responder al conocimiento humano con conocimiento humano, o que Satanás debe echar fuera a Satanás. No. Alcen a la serpiente de bronce doquiera que las serpientes ardientes estén mordiendo al pueblo, y los hombres la mirarán y vivirán. Saquen a los niños, sosténganlos en alto, y hagan volver sus ojitos hacia el remedio divinamente ordenado, pues hay vida todavía en una mirada: vida para neutralizar los diversos venenos de la serpiente que ahora emponzoñan la sangre de los hombres. Después de todo, no hay ninguna cura para la oscuridad de medianoche excepto el sol naciente y no queda ninguna esperanza para un mundo sumido en las tinieblas excepto la luz que ilumina a todo hombre. Resplandece, oh Sol de Justicia, y desaparecerán la niebla y la nube y la oscuridad.

Hermanos, apéguese a los planes apostólicos y tendrán la seguridad de tener un éxito apostólico. Prediquen a Cristo; prediquen la Palabra a tiempo y fuera de tiempo e instruyan a los niños. Uno de los principales métodos que Dios utiliza para preservar Sus campos de la cizaña es sembrarlos con trigo de mañana. Sobre este tema voy a hablarles hoy con la ayuda del Espíritu Santo.

Al rastrear la obra de gracia en el corazón de Timoteo y de otros seres favorecidos como él lo fue, voy a notar que esta obra *comenzó con una instrucción temprana*: “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras”; en segundo lugar, que la obra fue *vivificada y vuelta eficaz por la fe salvadora*: “Las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.” Después hemos de notar que el efecto de esta instrucción temprana en Timoteo fue el de

crear un sólido carácter, y, adicionalmente, el de producir una gran utilidad.

I. La obra de la gracia de Dios en Timoteo COMENZÓ CON UNA INSTRUCCIÓN TEMPRANA: “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras.”

Noten el tiempo para la instrucción. Podríamos entender mejor la expresión: “Desde la niñez,” si la leyéramos: “Desde la más tierna niñez,” o, como lo expresa la Versión Revisada: “Desde que eras un bebé.” No se refiere a un muchacho ya crecido, o a un joven, sino a un niño que apenas va saliendo de la infancia. Timoteo había conocido los escritos sagrados desde su más tierna niñez. Sin duda esta expresión es usada para mostrarnos que no podemos comenzar demasiado pronto a imbuir las mentes de nuestros hijos del conocimiento escritural. Los bebés reciben impresiones mucho tiempo antes de que nos demos cuenta de ese hecho. Un niño aprende más de lo que nos imaginamos durante los primeros meses de su vida. Pronto conoce el amor de su madre y la propia dependencia suya, y si la madre es sabia, aprende el significado de la obediencia y de la necesidad de someter su voluntad a una voluntad superior. Ésta pudiera ser la nota más importante para toda su vida futura. Si aprendiera pronto la obediencia y la sumisión, eso podría ahorrarle miles de lágrimas a los ojos del niño, y ahorrar otras tantas lágrimas al corazón de la madre. Cuando se deja sin cultivar la edad de la más tierna infancia, se pierde una especial posición ventajosa.

Los niños pueden aprender la Sagrada Escritura tan pronto como son capaces de entender algo. Es un hecho muy notable—y he oído que muchos maestros lo aseveran—que los niños aprenden a leer en la Biblia mejor que en cualquier otro libro. Yo no sabría decirles por qué. Pudiera ser, tal vez, debido a la simplicidad del lenguaje. Pero yo creo que así es. Con frecuencia se retiene algún hecho bíblico pero se olvida un incidente de la historia común. La Biblia se adapta a los seres humanos de todas las edades y, por tanto, se adecua a los niños. Cometemos un error cuando pensamos que debemos comenzar primero con alguna otra cosa para guiarlos posteriormente hacia las Escrituras. La Biblia es el libro que debe ser leído al amanecer. Partes de la Biblia superan la mente de un niño, pero también están por encima de la comprensión de los más avanzados de nosotros. Se encuentran en ella profundidades en las que puede nadar Leviatán, pero hay también torrentes que una oveja puede vadear. Los sabios maestros saben cómo conducir a sus pequeñitos a los delicados pastos junto a aguas de reposo.

Advertía yo en la vida de aquel hombre de Dios, cuya pérdida pesa sobremanera en muchos de nuestros corazones, es decir, el Conde de Shaftesbury, que una humilde mujer fue quien produjo en él sus primeras impresiones religiosas. En la guardería infantil recibió las impresiones

que lo convirtieron en Shaftesbury, el hombre de Dios y el amigo del hombre. Lord Ashley, cuando niño, tenía una nodriza que le hablaba de las cosas de Dios. Él nos comenta que ella murió antes de que él cumpliera los siete años de edad, lo cual es una clara prueba de que su corazón había sido capaz de recibir el sello del Espíritu de Dios muy temprano en su vida, y de recibirlo por medio de un humilde conducto. Bendita entre las mujeres fue aquella cuyo nombre desconocemos, pero que realizó un incalculable servicio para Dios y para el hombre por la santa instrucción proporcionada al niño escogido. Jóvenes nodrizas, tomen nota de eso.

Denos los primeros siete años de la vida de un niño y, con la gracia de Dios, podemos desafiar al mundo, a la carne y al demonio a que arruinen a esa alma inmortal. Esos primeros años, cuando todavía la arcilla está suave y plástica, cuentan mucho para decidir la forma de la vasija. Maestro que enseñas a los muchachos: no digas que tu oficio es en el más mínimo grado inferior al nuestro, que consiste principalmente en el trabajo con adultos. No, tú tienes sus primicias, y tus impresiones, puesto que llegan primero, durarán hasta el fin. ¡Oh, que esas impresiones sean buenas y sólo buenas! Entre los pensamientos que le vienen a un anciano antes de entrar al cielo, los más copiosos son aquéllos que le visitaban antaño cuando se sentaba en el regazo de su madre. Lo que condujo al doctor Guthrie a solicitar un “himno para niños” cuando agonizaba, no es sino un instinto de nuestra naturaleza que nos conduce a completar el círculo amarrando los extremos de la vida. Las cosas infantiles son las más queridas para la ancianidad. Nos despojamos de una porción de la coraza que nos rodea y nos estorba, y regresamos de nuevo a nuestro yo más natural y, por tanto, las viejas canciones están en nuestros labios, y los viejos pensamientos están en nuestras mentes. Las enseñanzas de nuestra niñez dejan impresiones tajantes y agudas en la mente, las cuales permanecen aun cuando hubieren pasado setenta años. Procuremos que tales impresiones se graben para los fines más excelsos.

Es bueno *notar la admirable selección de instructores*. Sabemos con certeza quiénes instruyeron al joven Timoteo. En el primer capítulo de la epístola Pablo dice: “Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.” Sin duda Loida, la abuela, y Eunice, la madre, hicieron causa común para la enseñanza del pequeñito. ¿Quién debería enseñar a los hijos sino los padres? El padre de Timoteo era griego y probablemente era pagano, pero su hijo tuvo la dicha de contar con una venerable abuela, que a menudo es la más amada de todos los parientes de un pequeñito. También contaba con una agraciada madre que una vez fue una devota judía, y que posteriormente fue también una cristiana

firmemente creyente, para quien la dicha cotidiana consistía en enseñar la Palabra del Señor a su propio amado hijo.

¡Oh madres amadas, Dios ha depositado en ustedes una sagrada responsabilidad! Él les ha dicho en efecto: “Lleva a este niño y criámelo, y yo te lo pagaré.” Ustedes son llamadas a equipar al futuro hombre de Dios para que esté enteramente preparado para toda buena obra. Si Dios les diera vida, podrían vivir para oír predicar a ese hermoso muchacho a miles de personas, y ustedes gozarían en su corazón de la dulce reflexión de que las apacibles enseñanzas de la etapa infantil condujeron al hombre a amar a su Dios y a servirle. Aquéllos que piensan que una mujer retenida en el hogar por su pequeña familia no está haciendo nada, piensan lo contrario de lo que es cierto. La madre piadosa difícilmente puede abandonar su hogar para asistir a algún lugar de adoración, pero no sueñen que ella esté perdida para la obra de la iglesia; antes bien, está desempeñando el mejor servicio posible para su Señor. Madres, la piadosa instrucción de sus retoños es su primer deber y también es el más apremiante. Las mujeres cristianas que enseñan las Santas Escrituras a los párvulos, están cumpliendo su parte para el Señor al igual que Moisés, juzgando a Israel, o Salomón, construyendo el templo.

¡Ay!, puesto que el mundo cuenta con tan pocas madres y abuelas cristianas en nuestros días, la iglesia ha considerado sabio complementar la instrucción del hogar por medio de una enseñanza proporcionada bajo su ala nutricia. La iglesia pone bajo su maternal cuidado a los niños que no cuentan con tales padres. Yo considero que ésta es una institución muy bendita. Estoy agradecido por tantos de nuestros hermanos y hermanas que entregan sus domingos, y muchos de ellos una parte considerable de sus noches de semana también, para la enseñanza de los hijos de otras personas que de alguna manera se convierten en suyos. Se esfuerzan por desempeñar los deberes de padres y madres, por la causa de Dios, para esos niños que son ignorados por sus propios padres, y en eso actúan muy bien. Ningún padre cristiano debe caer en el engaño de que la escuela dominical tiene el propósito de aligerarlos de sus deberes personales. La primera y más natural condición de las cosas es que los padres cristianos instruyan a sus propios hijos en la educación y en la admonición del Señor. Las abuelas y las agraciadas madres, juntamente con sus esposos, deben velar para que sus propios muchachos y muchachas sean debidamente instruidos en el Libro del Señor. Donde no hay tales padres cristianos, es bueno y sabio que intervengan personas piadosas. Es una obra conforme a Cristo que otros asuman el deber de quienes debían naturalmente desempeñarlo pero no lo hicieron. El Señor Jesús mira con agrado a quienes alimentan a Sus ovejas y nutren a Sus parvulitos, pues no es Su voluntad que se pierda uno de estos pequeños. Timoteo tuvo el gran privilegio de ser instruido por quienes tenían ese

deber natural, pero cuando ese gran privilegio no puede ser disfrutado, todos nosotros, conforme Dios nos ayude, debemos procurar compensar a los niños la terrible pérdida que experimentan. Pasen al frente, hombres y mujeres denodados, y santifíquense para este gozoso servicio.

Noten el tema de la instrucción. “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras.” Timoteo fue conducido a *tratar al libro de Dios con gran reverencia*. Pongo el énfasis sobre esa palabra: “Sagradas Escrituras.” Uno de los primeros propósitos de la escuela dominical debe ser enseñar a los niños una gran reverencia para estos sagrados escritos, para estas inspiradas Escrituras. Los judíos valoraban al Antiguo Testamento más allá de todo precio, y aunque desafortunadamente muchos de ellos cayeron en una reverencia supersticiosa de la letra, perdiendo su espíritu, eran muy encomiables por su profunda consideración para con los sagrados oráculos. Este sentimiento de reverencia es necesario especialmente en nuestros días. Yo me encuentro con personas que sostienen extraños puntos de vista, pero sus perspectivas y su extraño contenido no me importan ni la mitad de lo que me importa un cierto elemento que atisbo en el fondo de ese novedoso pensamiento. Cuando descubro que, si demuestro que sus puntos de vista no concuerdan con la Escritura, y a pesar de ello no les he demostrado nada ya que a ellos no les importan las Escrituras, entonces he descubierto un principio mucho más peligroso que un simple error doctrinal. Esta indiferencia hacia la Escritura es la gran maldición de la iglesia en esta hora. Nosotros podemos tolerar opiniones divergentes, en tanto que percibamos un honesto intento de seguir el Libro de los Estatutos. Pero si se redujera a esto: que el Libro mismo es de poca autoridad para ustedes, entonces no tenemos ninguna necesidad de seguir hablando; nos encontramos en diferentes campamentos, y entre más pronto reconozcamos eso, será mejor para todas las partes involucradas. Si hemos de tener absolutamente una iglesia de Dios en la tierra, la Escritura debe ser considerada como sagrada y debe ser tenida en reverencia. Esta Escritura fue entregada por santa inspiración y no es el resultado de oscuros mitos y dudosas tradiciones; tampoco llegó por inercia hasta nosotros como uno de los mejores libros humanos, por la supervivencia del más apto. Tiene que ser transmitido a nuestros hijos, y tiene que ser aceptado por nosotros mismos como la revelación infalible del Dios Santísimo. Pongan mucho énfasis en esto: díganles a sus hijos que la Palabra del Señor es una Palabra pura, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces. Su estimación por el Libro de Dios debe ser llevada al punto más culminante.

Observen que no únicamente le enseñaron a Timoteo la reverencia por las cosas santas, en general, sino que le enseñaron especialmente *a saber las Escrituras*. La enseñanza de su madre y de su abuela fue la enseñanza de la Sagrada Escritura. Supongan que juntáramos a los niños los

días domingos, y que luego los divirtiéramos e hiciéramos que las horas transcurrieran plazeramente; o que los instruyéramos, como lo hacemos en días hábiles, en los elementos de una educación moral. ¿Qué habríamos logrado? No habríamos logrado nada que fuese digno del día del Señor o de la iglesia de Dios. Supongan que fuéramos particularmente cuidadosos en enseñarles a los niños las reglas y las regulaciones de nuestra propia iglesia, pero que no los dirigiéramos hacia las Escrituras; supongan que les presentáramos un libro que está establecido como la norma de nuestra iglesia, pero que no les explicáramos la Biblia. ¿Qué habríamos hecho? La norma antes mencionada podría estar correcta o no, y podríamos, por tanto, haberles enseñado a nuestros hijos la verdad o el error; pero si nos apegáramos a la Sagrada Escritura, no podríamos desviarnos. Con esa norma sabemos que estamos en lo correcto. Este Libro es la Palabra de Dios, y si lo enseñamos, enseñamos aquello que el Señor aceptará y bendecirá.

¡Oh, queridos maestros—y yo aquí me dirijo también a mí mismo—nuestra enseñanza debe ser cada vez más bíblica! No se agobien si nuestros alumnos olvidan lo que *nosotros* les decimos, pero oren pidiendo que recuerden lo que el Señor les dice. ¡Que las verdades divinas acerca del pecado, y la justicia y el juicio venidero, sean escritas en sus corazones! ¡Que las verdades reveladas concernientes al amor de Dios, y la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la obra del Espíritu Santo, no sean olvidadas por ellos nunca! ¡Que conozcan el poder y la necesidad de la sangre expiatoria de nuestro Señor, el poder de Su resurrección, y la gloria de la segunda venida! ¡Que las doctrinas de la gracia sean grabadas como con cincel de hierro en sus mentes, y escritas como con punta de diamante sobre sus corazones, para que no se borren nunca! Hermanos, si pudiéramos lograr eso, no habríamos vivido en vano. La generación que gobierna ahora parece inclinada a apartarse de la verdad eterna de Dios; pero no vamos a desesperar si el Evangelio quedara impreso en la memoria de la raza que surge.

Algo más acerca de este punto: pareciera que el joven Timoteo fue instruido de tal manera cuando era niño, que *la enseñanza fue eficaz*. “Has sabido las Sagradas Escrituras,” dice Pablo. Es mucho decir que un niño haya “sabido las Sagradas Escrituras.” Tú podrías decir: “He enseñado a los niños las Escrituras,” pero es algo muy diferente que las hayan sabido. ¿Conocen las Escrituras todos ustedes que son adultos? Yo me temo que aunque el conocimiento en general aumenta, el conocimiento de las Escrituras es demasiado infrecuente. Si fuéramos a tener un examen ahora, me temo que algunos de ustedes difícilmente destacarían en las listas al final. Pero aquí tenemos a un niño que sabía las Sagradas Escrituras, es decir, que tenía una notable relación con ellas. Los niños pueden lograr eso; de ninguna manera es un logro imposible. Si Dios

bendice sus esfuerzos, queridos amigos, sus hijos pueden saber toda la Escritura que es necesaria para su salvación. Pueden tener una idea tan verdadera del pecado como la que tiene su madre; pueden tener una visión tan clara de la expiación como pudiera tenerla su abuela; pueden tener una fe tan distinguible en Jesús, como cualquiera de nosotros pudiera tenerla. Las cosas que contribuyen a nuestra paz no requieren de una larga experiencia para prepararnos para recibirlas; se encuentran dentro de las cosas sencillas del pensamiento. Quien las lea puede correr, y un niño puede leerlas tan pronto como puede correr. La opinión de que los niños no pueden recibir toda la verdad del Evangelio es un grave error, pues la condición de niño es una ayuda más bien que un obstáculo; las personas mayores tienen que volverse como niñitos antes de poder entrar en el reino. Pongan un buen cimiento en los niños. No permitan que la obra de la escuela dominical sea empañada, ni que sea conducida de una manera descuidada. Dejen que los niños conozcan la Sagrada Escritura. Las Escrituras deben ser consultadas antes que cualquier otro libro humano.

II. Nuestro segundo encabezado es que esta obra fue VIVIFICADA POR UNA FE SALVADORA. Las Escrituras no salvan, pero son capaces de hacer que un hombre sea sabio para salvación. Los niños pueden saber las Escrituras, y sin embargo, podrían no ser hijos de Dios. *La fe en Jesucristo es la gracia que trae la salvación inmediata.* Muchos amados niños son llamados por Dios tan pronto que ni siquiera son capaces de decir con precisión cuándo fueron convertidos, pero fueron convertidos: debieron pasar de muerte a vida en un momento u otro. Ustedes no hubieran podido decir esta mañana, mediante una simple observación, el momento en que el sol salió, pero en verdad salió; y hubo un instante cuando estaba debajo del horizonte y otro momento cuando se alzó por encima del horizonte. Ya sea que lo veamos o no, el momento en que un niño es realmente salvo es cuando cree en el Señor Jesucristo.

Talvez, durante años, Loida y Eunice habían estado enseñando a Timoteo el Antiguo Testamento, en tanto que ellas mismas no conocían al Señor Jesús; y, si así hubiera sido, le estaban enseñando el tipo sin el antitipo, los enigmas sin las respuestas, pero fue una buena enseñanza a pesar de todo, pues era toda la verdad que entonces conocían. Sin embargo, ¡cuánto más dichosa es nuestra tarea, puesto que somos capaces de enseñar lo relativo al Señor Jesús muy claramente, teniendo el Nuevo Testamento que nos explica al Antiguo! ¿Acaso no podríamos esperar que incluso más pronto que en la vida de Timoteo, nuestros amados niños pudieran captar el pensamiento de que Cristo Jesús es la suma y sustancia de la Santa Escritura, y que así, por la fe en Él, reciban el poder para convertirse en hijos de Dios? Menciono esto, tan sencillo como es, porque quiero que todos los maestros sientan que si sus alumnos no sa-

ben todavía todas las doctrinas de la Biblia, y si hay ciertas verdades más excelsas o más profundas que sus mentes no han captado todavía, aun así lo niños son salvados tan pronto como son sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. La fe en el Señor Jesús salva con seguridad, según es explicada en la Escritura. “Si crees de todo corazón, bien puedes,” le dijo Felipe al eunuco, y nosotros le decimos lo mismo a todo niño: bien puedes confesar tu fe, si tienes para confesar una verdadera fe en Jesús. Si tú crees que Jesús es el Cristo, y pones verdaderamente tu confianza en Él, tú eres salvo tan ciertamente como si unos grises cabellos adornaran tu frente.

Noten que *por esta fe en Cristo Jesús continuamos y avanzamos en la salvación*. El momento en que creemos en Cristo somos salvos; pero no somos tan sabios de inmediato como podríamos serlo o como esperaríamos serlo. Podríamos ser salvados, por decirlo así, sin la suficiente sabiduría; quiero decir, por supuesto, serlo comparativamente; pero es deseable que seamos capaces de dar una razón para la esperanza que hay en nosotros, y ser así sabios para salvación. Por la fe, los niños se convierten en pequeños discípulos y, por la fe, avanzan y se vuelven más conocedores. ¿Cómo hemos de avanzar hacia la sabiduría? No apartándonos del camino de la fe, sino asiéndonos a esa misma fe en Cristo Jesús por medio de la cual comenzamos a aprender. La fe es la gran facultad por medio de la cual logramos avanzar en sabiduría en la escuela de la gracia. Si por fe has sido capaz de decir A y B y C, debe ser por fe que avanzarás hasta decir D y E y F, y hasta llegar al término del alfabeto y ser un experto en el Libro de la Sabiduría. Si por fe puedes leer en el abecedario de la fe sencilla, por la misma fe en Cristo Jesús tienes que avanzar hasta leer en los clásicos de la plena seguridad y convertirte en un escriba bien instruido en las cosas del reino. Por tanto, conserva la práctica de la fe, de la cual muchos se están apartando. En estos tiempos los hombres esperan lograr progresos por medio de lo que ellos llaman *el pensamiento*, queriendo decir vana imaginación y especulación. No podemos avanzar ni un solo paso por medio de la duda; nuestro único progreso es por la fe. No hay tales cosas como “peldaños para nuestros egos muertos,” a menos que, en verdad, sean escalones que descienden a la muerte y a la destrucción; los únicos puntos de apoyo hacia la vida y el cielo han de encontrarse en la verdad de Dios revelada a nuestra fe. Cree en Dios y habrás progresado.

Entonces, oremos por nuestros niños, para que constantemente sepan y crean más y más, pues la Escritura es capaz de hacerlos sabios para la salvación, pero únicamente por la fe que es en Cristo Jesús. La fe es el blanco al que hay que apuntar: fe en el Salvador designado, ungido y exaltado. Es el ancla a la cual queremos sujetar estos pequeños navíos, pues allí permanecerán en perfecta seguridad.

Observen que el texto nos proporciona un claro indicio de que *por la fe, el conocimiento es conmutado en sabiduría*. La diferencia entre el conocimiento y la sabiduría es sumamente práctica. Véanlo en el texto: “Desde la niñez has sabido...”; pero es la fe, sólo la fe, la que convierte ese conocimiento en sabiduría; y así las Sagradas Escrituras “te pueden hacer sabio para la salvación.” “El conocimiento es poder,” pero la sabiduría es la aplicación de ese poder para fines prácticos. El conocimiento puede ser oro en lingotes, pero la sabiduría es el oro acuñado, listo para su circulación entre los hombres. Ustedes podrían darles a sus hijos el conocimiento sin necesidad de que tengan fe; pero tienen que tener una fe dada por el Espíritu Santo, antes de que ese conocimiento pueda convertirse en sabiduría. El conocimiento de la Escrituras es sabiduría cuando ejerce una influencia en el corazón, cuando gobierna la mente, cuando afecta la vida cotidiana, cuando santifica al espíritu y cuando renueva la voluntad.

¡Oh, maestros, oren por sus amados niños pidiendo que Dios quiera darles fe en Cristo Jesús, para que así el conocimiento que ustedes les han transmitido se convierta en sabiduría! Avancen hasta donde puedan llegar con la enseñanza, pero clamen siempre poderosamente al Señor pidiendo que su Santo Espíritu obre la regeneración, que genere la fe, que imparta sabiduría y que otorgue la salvación.

Aprendan también que *la fe encuentra su sabiduría en el uso del conocimiento conferido por las Escrituras*. “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe.” La fe nunca encuentra su sabiduría en los pensamientos de los hombres, ni en las pretendidas revelaciones, mas ella recurre a los escritos inspirados para su guía. Éste es el pozo del cual bebe, el maná del que se alimenta. La fe toma al Señor Jesús para que sea su sabiduría. El conocimiento de Cristo es para ella la más excelente de las ciencias. Sólo pregunta: ¿qué está escrito?, y cuando esa pregunta encuentra respuesta, sus dificultades llegan a un término. Yo sé que no sucede así con esta época incrédula, y ésto me provoca a dar ayes y a lamentarme. ¡Ay de una iglesia que rechaza el testimonio del Señor! En cuanto a nosotros, acatamos la Palabra del Señor y de ella no nos moveremos ni una pulgada.

Veán, entonces, mis oyentes, lo que requieren todos ustedes que son inconversos. Las Sagradas Escrituras han de ser convertidas en el instrumento de su salvación, por medio de la fe. Conozcan la Biblia, lean la Biblia, escudriñen la Biblia; y, con todo, eso aisladamente no los salvará. ¿Qué dijo nuestro propio Señor? “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida.” Si no vienen a Jesús, se perderán de la vida eterna. Escudriñar las Escrituras

ras puede hacerlos sabios para salvación “por la fe que es en Cristo Jesús,” pero no sin esa fe. Oren, ustedes, maestros de la escuela dominical, pidiendo que puedan ver esta fe obrada en los niños a quienes enseñan. Qué bendito cimiento para la fe será su enseñanza de las Sagradas Escrituras, pero no lo confundan nunca con el propio edificio, que es sólo por la fe.

III. El tiempo se me acaba y no puedo detenerme en otros puntos como quisiera hacerlo, pero les ruego que noten, en tercer lugar, que esa sana instrucción en la Sagrada Escritura, cuando es vivificada por una fe viva, GENERA UN SÓLIDO CARÁCTER. El hombre que desde la niñez ha sabido las Sagradas Escrituras, cuando obtenga la fe en Cristo, estará cimentado y establecido sobre los principios permanentes de la inmutable palabra de Dios. Yo desearía que así sucediese con la mayoría de quienes profesan ser cristianos y que se autodenominan cristianos. En estos días estamos rodeados de mentes fluctuantes, que “siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad.” Esos cristianos son llevados por doquiera de todo viento de doctrina. ¡Qué cantidad de profesantes he conocido que van a un lugar de adoración y oyen una forma de doctrina que aparentemente aprueban porque el predicador es “un hombre brillante”! ¡Oyen una enseñanza opuesta, y se sienten igualmente en casa porque nuevamente se trata de “un hombre brillante”! Se unen a una iglesia, y tú les preguntas: “¿Estás de acuerdo con los puntos de vista de esa congregación?” A ellos no les interesa ni saben cuáles pudieran ser esos puntos de vista, pues una doctrina es tan buena como cualquier otra para ellos. Su apetito espiritual puede disfrutar del jabón así como de la mantequilla; pueden digerir ladrillos así como pan. Estos avestruces religiosos tienen un maravilloso poder para tragar cualquier cosa; no tienen ningún discernimiento espiritual, ningún aprecio por la verdad. Siguen a cualquier persona “brillante,” y en ésto demuestran que no son ovejas del prado de nuestro Señor, de quien está escrito: “Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.” Nosotros deseamos edificar una iglesia con quienes saben lo que en verdad saben, y que son capaces de dar una razón para lo que creen. La gran razón para la fe del verdadero creyente es: “Escrito está.” Cristo, nuestro Maestro, se enfrentó al tentador en el desierto con: “Escrito está.” Aunque Él mismo tenía la inspiración, con todo, Su enseñanza estaba saturada del Antiguo Testamento; Él estaba citando siempre las palabras del Libro inspirado, y estaba dándonos un ejemplo con ello. Si tú y yo quisiéramos contender con Satanás y con un mundo malvado, de manera de vencer en el conflicto, debemos procurar tomar nuestra posición, debidamente y firmemente, basándonos en las Escrituras. Hemos de enfrentar a nuestros oponentes con descargas provenientes de la Escritura. Debemos disparar a quemarropa con los

textos sagrados. Esos son argumentos que hieren y matan. Nuestros propios razonamientos son meros perdigones de papel, pero las pruebas de la Escritura son balas de acero. Nuestros oponentes descubrirán que es inútil intentar alejarnos de la vieja fe cuando perciban que nosotros no cambiaremos ni un ápice de opinión sobre la Sagrada Escritura. Gozamos de protección a prueba de bombas cuando nos refugiamos al cubierto de la Palabra de Dios. La artera astucia de los engañadores es conducida al fracaso por medio de la clara sencillez de: “Jehová ha dicho así.”

Quienes conocen las Escrituras y por ello creen en Jesús, son sostenidos por los pilares de una relación personal con los cimientos de su fe. “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras”; no fueron tratadas con una ignorante reverencia, sino con un homenaje inteligente. ¡Cuánto deseo que cada uno de ustedes sea un estudiante personal de las Sagradas Escrituras! Necesitamos conocerlas por nosotros mismos. Asiéndolas personalmente como una revelación para sí mismo, el hombre piadoso las ama, las estudia, las siente, vive de ellas y, así, las conoce. Mediante este instrumento se independiza de otros hombres. Pablo va a morir. ¡Pobre Timoteo! ¡Sí, sería “pobre Timoteo”!, si llevara su fe en el pecho de Pablo, y no llevara nada en su propio corazón. Pero la Biblia de Timoteo no va a morir. El conocimiento de la Escritura que tiene Timoteo no le será arrebatado; el Espíritu tampoco lo dejará solo.

Consideren algunas de nuestras iglesias: mientras un ministro del Evangelio bien instruido dirige el camino, los hermanos permanecen firmes. Muere el buen hombre, y ¿dónde está la iglesia? Sin duda, quienes son instruidos en las Escrituras permanecen en sus lugares, pero los más ignorantes son dispersados como el tamo. Hay muchísimas personas en esta parte de Londres que andan deambulando por todos lados, y aunque una vez fueron celosas por la fe, ahora son casi indiferentes a ella. No diré nombres, pero podría hacerlo con suma facilidad, y me refiero a los nombres de estimados hermanos que reunieron un sincero séquito en pos de ellos; pero se han ido, y con su partida, muchos de sus seguidores también se han ido. Me temo que no pudo haber habido un sano conocimiento de la Palabra, o esas personas habrían sobrevivido la gran pérdida de su maestro. ¡Oh, tener una buena consolidación personal sobre la sólida Palabra de Dios! Entonces sabrías lo que en verdad sabes, y te aferrarías a ello, y no habría forma de apartarte de las normas de la fe. Yo me esfuerzo por ésto entre ustedes, y oro pidiendo no trabajar en vano.

El hombre que ha sido instruido en la Escritura desde su niñez, está anclado con las influencias divinas de esa Escritura que ha operado en él de tal manera que conoce por sí mismo su divino poder. Conoce la diferencia entre la verdad y el error por el efecto producido en su vida y en

su corazón. Es capaz de discernir sin jactancia alguna entre cosas que difieren, porque en torno a la verdad de la Escritura hay una unción extraña y mística que no acompaña a las enseñanzas de la mayoría de los hombres ilustrados. Yo no puedo explicarles en qué consiste esta unción, pero todo hijo de Dios la conoce. Cuando leo un texto de la Escritura, aun si no lo identificara de memoria como un texto de la Escritura, percibo de inmediato su origen divino por una influencia mística que ejerce sobre mi corazón. Los pasajes más impactantes de cualquier sermón son textos de la Escritura que están estratégicamente ubicados. Una frase salida de la boca de Dios tiene un poder más permanente sobre el cristiano que los enunciados humanos mejor elaborados. La palabra de Dios es viva y poderosa, y tiene un poder para penetrar en el corazón que es muy superior al de cualquier otra palabra. Las palabras de la Biblia impactan y se adhieren, entran y se quedan. Aquél que ha sido instruido en la Escritura, que se ha imbuido de la Escritura y que está saturado de la Escritura, está consciente de su penetrante influencia, lo que le proporciona una convicción permanente. Como el tinte carmesí en la tela, el tinte de la Escritura no puede desprenderse del alma una vez que ha sido fijado allí; está teñido en la trama y entra en la propia naturaleza del hombre. La verdad bíblica ejerce influencia sobre sus pensamientos y sus acciones; tiene omnipresencia; comienza a comer, y a beber, y a dormir la Sagrada Escritura. El corazón del hombre está fijado en Dios, fijado en la verdad, fijado en una vida santa. Permanecerá firme, sin importar cuán malos sean los días. Aunque todos los demás apostataran, este hombre no podría hacerlo, pues la Palabra divina, a través de la fe, lo ha atado al altar del Señor, y ha de vivir y morir en la verdad y lo hará, prescindiendo de los climas que se pudieran presentar.

Además, un hombre que ha sido instruido una vez en la Escritura, y para cuya alma el Espíritu ha bendecido esa enseñanza, ha llegado a rendirse a la supremacía de la Escritura, y esto tiene que operar para moldear su carácter. Yo confieso que algunas veces me encuentro con un texto que a un primer vistazo no concuerda con otras enseñanzas de la Escritura que ya he recibido, y esto me sobresalta por el momento. Pero una cosa está resuelta en mi corazón, es decir, que yo he de seguir a la Escritura dondequiera que me conduzca, y que he de renunciar a la opinión más valorada antes de querer moldear algún texto o alterar alguna sílaba del libro inspirado. No me corresponde a mí hacer consistente a la Palabra de Dios, sino que debo creer que lo es. Cuando un texto se planta en la mitad del camino, yo no sigo avanzando. Los romanos tenían un dios al que llamaban “Término,” que era el dios de los límites y de las fronteras en la mitología romana. La Sagrada Escritura es mi límite sagrado, y yo escucho una voz que me amenaza con una maldición si la quitara. Algunas veces me digo: “No pensé descubrir que esta verdad fue-

ra precisamente eso; pero como lo es, debo inclinarme. Es más bien incómoda para mi teoría, pero tengo que alterar mi sistema, pues la Escritura no puede ser alterada.” “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso.” Nosotros queremos que nuestros hijos sientan esta profunda reverencia por la Escritura, de la misma manera que nosotros mismos la sentimos. Allí está; la pluma eterna la ha escrito; nosotros la aceptamos. Si Dios lo ha dicho, nosotros no tenemos ningún deseo de cuestionarlo, para que no nos diga la Escritura: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?” Tenemos que inclinarnos delante de la infalibilidad del Espíritu Santo, y decir: “Señor, enséñame qué significa esto. Enséñame Tú lo que yo no sé.” Aquél que va por el mundo con una intensa reverencia por la Escritura será verdaderamente un hombre. El Señor hará válida en él esa palabra: “Yo honraré a los que me honran.” Los ángeles y los hombres reverencian pronto al hombre que reverencia a la palabra de Dios. Nutre tu mente con las legumbres de la Escritura, y, como Daniel y sus camaradas, tu rostro parecerá mejor y más robusto que el de los otros muchachos que comen la porción de la comida del rey proveniente de las mesas filosóficas del mundo.

Aprovechando que estamos en este punto, yo diría también que este tipo de instrucción mantendrá firme al hombre contra las diversas seducciones de la época. Por aquí voy a un lugar de adoración, y veo una preciosa casa de muñecas al fondo, y la gente se inclina delante de algunas flores de papel y de unas velas. Alrededor del edificio veo cuadros de vírgenes y de santos; pero quien ha leído su Biblia no entra en esa moderna idolatría.

Un sacerdote le dijo una vez a un pobre irlandés: “No provendrá ningún bien de tu lectura de la Biblia.” “Bien”—replicó el hombre—“escrito está: ‘Escudriñad las Escrituras.’ Por favor, ‘su reverencia,’ acabo de leer: ‘La deberán leer a sus hijos,’ y los sacerdotes no tienen hijos; ¿cómo puede explicar eso?” “¡Ah!”—replicó el sacerdote—“gente como tú no puede entender el libro.” “Bien”—dijo el hombre—“si no puedo entenderlo, no me hará ningún daño, y si puedo entenderlo, me hará un gran bien.”

Es precisamente eso: la Biblia es un libro muy peligroso para la superstición, pero nada más. Espárzanlo, entonces, a los vientos del cielo; y léanlo, cada uno de ustedes. A la ley y al testimonio; si no hablamos de acuerdo a esta palabra, es porque no hay luz en nosotros. Quien se apega a la Biblia será igualmente libre de los peligros del racionalismo que son ahora tan abundantes, y se mantendrá limpio de los desvaríos de la anarquía que resuena ahora como gritos de dragones provenientes de los lugares tenebrosos de la tierra. La gente está comenzando a olvidar el mandamiento: “No hurtarás,” y está planeando varios métodos de robo político por el cual los cimientos de la sociedad se verán conmovidos. El

amor a la Sagrada Escritura será el ancla de la esperanza del Estado así como de la Iglesia. Si los hombres estuvieran cimentados íntegramente en la Sagrada Escritura, experimentaríamos cambios políticos con gran provecho; pero si no, se está maquinando la maldad. Ese libro es la piedra angular de nuestra esperanza futura.

IV. Ahora, por último, así como esta temprana instrucción genera un carácter bueno y sólido, también PRODUCIRÁ GRAN UTILIDAD. No diré nada más que esto: de esa manera Timoteo se convirtió en un compañero escogido de Pablo y uno preferido sobre todos los demás, en alguien a quien Pablo miraba con amor y a quien recordaba con gozo. Los compañeros de los apóstoles sólo pueden ser formados en la escuela de la Sagrada Escritura. Quienes han tenido comunión con Moisés, y con David y con los profetas, son aptos para asociarse con un apóstol. Es algo especial que a partir del niño se produzca un colaborador para algún veterano siervo del Dios viviente. Tan pronto como un hombre de Dios se encuentra al lado de un joven que sabe las Escrituras, piensa: “Esta es una compañía apropiada para mí.” Pablo, desgastado por años de persecución y con sus manchones de barba gris, siente que sus ojos se iluminan de gozo al contemplar a ese joven Timoteo. ¿Qué hay acerca de él que sobrepase a cualquier otro joven? Vamos, lo único es que sabe las Escrituras y que le han hecho sabio para salvación. Se podía encontrar, sin duda, excelentes jóvenes que se gloriaban en preferir el pensamiento avanzado de los filósofos sobre las enseñanzas estereotipadas de Sagrada Escritura; pero si hubieran comenzado a hablarle al apóstol sobre sus nuevas teorías, Pablo los habría despachado con palabras de advertencia. No quería saber nada de ellos ni de su “otro evangelio,” excepto que lo turbaban tanto a él como a las iglesias. Sin una instrucción de las Escrituras, un convertido no tiene ningún sostén, ni una columna vertebral, ni un alma en él. Pero cuando Pablo miraba a un joven agraciado que sabía las Escrituras, y se aferraba a ellas, daba gracias a Dios y cobraba ánimo.

Este joven se convirtió en un ministro y en un evangelista. Era un predicador de tal naturaleza que nos habríamos sentido dichosos de oírlo. ¡Que Dios nos envíe muchos de esos predicadores! Tal vez hubiéramos podido decir: “las opiniones de ese joven fueron más bien crudas, y sus expresiones fueron algo ásperas, pero podemos tolerar eso ya que proviene de un hombre tan joven. Por otro lado, ¡cuánta riqueza de Escritura se encontraba en él! ¡Qué profundidad de pensamiento! ¿Notaron que no había pronunciado ni una docena de frases y ya había citado una Escritura? Y cuando llegó a demostrar su punto no proporcionó una media docena de argumentos racionalistas sino que expuso una sola palabra del Señor y el punto quedó dirimido.” Se tiene que estar de acuerdo con un hombre que se siente a sus anchas con su Biblia. Éste es el tipo de

predicador del que necesitamos más. Instruyan bien a sus niños, queridos maestros, para que a su vez se conviertan en maestros de la Escritura a su debido tiempo.

Timoteo se convirtió también en un gran adalid de la fe. Pasó al frente y en medio de todos aquellos individuos que estaban predicando falsa doctrina, permaneció firme hasta el fin; firme, inmovible, valeroso, todo porque de niño había sabido las Escrituras. ¡Oh, maestros, vean lo que pueden hacer ustedes! En sus escuelas aprenden nuestros futuros evangelistas. En esa clase de párvulos aprende un apóstol que irá a alguna tierra distante. Podría llegar bajo tu mano instructora, hermana mía, un futuro padre en Israel. Vendrán bajo tu instrucción, hermano mío, aquéllos que han de portar los pendones del Señor en lo más tupido de la refriega. Las edades te miran cada vez que tu clase se reúne. ¡Oh, que Dios te ayude a realizar muy bien tu parte! Oramos con un solo corazón y una sola alma pidiendo que el Señor Jesucristo esté con nuestras escuelas dominicales a partir de ahora y hasta que Él venga. Amén y amén.

**Porciones de la Escritura leídas antes del sermón—
2 Timoteo 1:1-8; 3:1-17; 4:1-8.**

Nota del traductor: El nombre de la nodriza del conde de Shaftesbury es: María Millis. Ella proveyó un modelo cristiano para el conde que posteriormente formaría la base de su activismo social y de su obra filantrópica.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #1866—Volume 31

THE SUNDAY SCHOOL AND THE SCRIPTURES